

EL DIA DE MI MUERTE

Carlos Sabino

(Este cuento fue publicado, en una primera versión, en el suplemento "Cuartillas" del diario **El Siglo**, de Maracay, el 17 de junio de 1990)

A mis amigos de Maracay

Fue al principio para mí como un juego, una especie de acertijo, no del todo inocente ni tampoco original. Tal vez nunca se me hubiera ocurrido si otro, antes que yo, no hubiese utilizado la coincidencia de las fechas para impresionar a sus contemporáneos. Juan Vicente insistió siempre, conocedor de la fuerza mágica de los números, en que había nacido un 24 de julio. Así logró trazar una línea que lo unía con aquel libertador, vilipendiado en vida, que ya endiosaba con fervor todo su pueblo; era como si hubiese logrado establecer un punto de apoyo fuera de sí mismo que elevase míticamente su discutible estatura terrenal. El dictador convenció a todos de la verdad de esa cifra: poco le costó hacerlo porque es sabido cuan peligroso resultaba contradecir sus opiniones.

Luego sucedió algo inesperado, cabalístico y a todas luces prodigioso: murió también un 17 de diciembre, el mismo día en que Bolívar, abandonado por todos o por casi todos, terminó también con su desesperanza en San Pedro Alejandrino. El morir ese día, sin embargo, no salvó su memoria: los pueblos pueden dejarse cautivar por el hechizo de los números, pero además son capaces de recordar las miserias de las tiranías.

La idea surgió para mí de aquella simple coincidencia, del hecho de haber arribado -y permanecer- en un país donde el día de mi nacimiento se celebraba como fiesta nacional. Tal vez alguien, al saludarme en mi cumpleaños, atizó el gusto por lo cabalístico que yo nunca he negado poseer; quizás alguna vez, meditando sobre la muerte inevitable, cotejé las historias disímiles de Gómez y Bolívar. El hecho es que, en algún

momento indeterminado que no logro evocar, posiblemente cuando corría el año que dieron en llamar del Bicentenario, me atreví en cierta ocasión a responder:

-Sí, nací un 24 de julio... igual que Bolívar. -Y agregué riendo-: Y voy a morir también un 17 de diciembre, por supuesto.

El pequeño acertijo me pareció simpático, una buena frase para decir cuando alguien, inevitable, mencionaba la concurrencia de las fechas. El hecho de que existiese otro hombre, un déspota, que también hubiese habitado la tierra entre esos mismos días, no hacía sino estimular mi juego: no resultaba así pedante la comparación con el Libertador porque se podía decir que, en todo caso, más que una forma de envanecerme lo que hacía era mencionar una firme e inescrutable concatenación ya producida.

Todo hombre sabe con certeza que algún día va a morir. Pero la certeza acaba allí, en el pronóstico abstracto, porque la seguridad de la muerte se materializa en un futuro indefinido, tan azaroso como imponderable: pocos quisieran conocer en verdad el exacto momento en que llegará su final. Por eso sentí que afirmar que mis días terminarían un 17 de diciembre cualquiera era algo a la vez divertido y demoníaco, un juego que -con su apariencia de aterradora precisión- conservaba la misma incertidumbre de la que están cargados todos los futuros. Quedaba latente la posibilidad de que la inocua profecía llegase alguna vez a cumplirse, pero eso -pensé- era el único atractivo que tenía.

Las palabras son capaces de construir, una vez pronunciadas, una realidad tan sólida como la que proyectan los objetos del mundo. No pasó mucho tiempo sin que yo no sintiese, involuntario, un cierto escalofrío. Porque al considerar la idea, ociosamente, fui deduciendo lo que de hecho significaba esa sencilla previsión: si se podía precisar, de antemano, el día aciago que me esperaba ineluctable, entonces se podía afirmar, con la misma certeza, que todos los demás días del año eran seguros. El compromiso me pareció sensato: es cierto que debía vivir angustiada una macabra víspera y que el mismo diecisiete yo me encontraba generalmente incómodo, invadido de una cierta aprensión. Pero a cambio de ello recibía una seguridad que le es negada por completo a los demás mortales, una garantía de vida que se extendía por la enorme cifra de 364 días al año.

El siguiente paso fue más difícil, aunque no por ello menos lógico: una vez convencido de que las cosas sucederían de ese modo empecé -sin proponérmelo expresamente- a convencer a los demás. La primera

persona con la que hablé del tema fue, por cierto, mi mujer. Ella ha compartido mi vida de un modo tan íntimo que, racionalmente incrédula pero con algo de terror inconfesado, también ha comenzado a anticipar la llegada de la fecha fatal. No me lo ha dicho abiertamente, pero sé que ha jugado con la idea. El pasado 18 de diciembre, de algún modo, me felicitó:

-Ya viste que no te pasó nada -me dijo, cuando bajábamos por el ascensor en la mañana, yendo a visitar a una amiga.

-Sí, ahora tengo un año completico para vivir -respondí entrecerrando los ojos, con la gravedad con que hay que contar los chistes para que los otros se rían, aunque dejando entrever que se trataba, a pesar de todo, de algo terriblemente serio.

Los años han pasado, imperturbables: hace ya más de una década desde que comencé a escribí estas páginas. Mi conducta, era previsible, se ha ido modificando con el paso del tiempo. Ya no duermo tranquilo la víspera aciaga y trato de organizar el día evitando con cuidado las situaciones que me puedan resultar peligrosas. No hay viajes en avión, no hay aventuras de ningún tipo los diecisiete de diciembre. Mi hija también se ha enterado y, algunos años, otras personas comparten también mi pequeño secreto. Es limpio, sencillo y positivamente aterrador. Me permite gozar despreocupado de las fiestas de diciembre aunque, ya sé que injustamente, me siento algo culpable porque creo que amargaré esas fechas a quienes logren sobrevivirme y me recuerden con afecto.
(13-2-99)

Nota: tal vez el lector más interesado en el contenido de los relatos que en las estructuras puramente literarias, sienta que esta narración resulta de algún modo inconclusa. Eso es cierto. Y lo es por una razón que no puedo dejar de mencionar: los hechos que he contado son rigurosamente auténticos. Estoy vivo -cartesianamente- y todavía no sé por lo tanto el desenlace de esta breve historia. Me siento obligado a pedir, por ello, un poco de paciencia.

Caracas, 18 de diciembre de ...